

El libro de agua

Sylvia Werneck

En su cuento «El libro de arena» Jorge Luis Borges es abordado por un hombre misterioso que le vende un libro fantástico, cuyas páginas nunca son vistas de la misma manera dos veces. Cada vez que es abierto, el volumen se muestra en un punto diferente, siendo imposible saber dónde comienza y dónde termina. Dentro de él se esconden infinitas posibilidades; la atracción que el libro genera se relaciona directamente con el deseo de controlarlo, descifrarlo, o contenerlo.

Carta de marear, trabajo realizado especialmente para la v edición de la Bienal *Vento Sul* (Curitiba, Brasil, 2009), acata la propuesta de «mapas alterados» explorando el universo de las variaciones de un modo similar al cuento de Borges. La instalación está compuesta por nueve libros iguales abiertos en páginas diferentes, dispuestos uno al lado del otro, que exhiben en su conjunto el trazado del río Uruguay. En la tapa de cada uno aparece estampada la Rosa de los Vientos, indicando la dirección correcta de lectura del río —una información casi inútil ya que, dependiendo de la manera en que el espectador manipule sus páginas, se irán formando otras cartografías ficticias, nuevos ríos imaginarios.

El fetiche de controlar esos nuevos flujos de agua demanda nuestra atención y exige que se pase algún tiempo allí, disfrutando de la co-autoría que el artista ofrece al visitante al permitirle crear alternativas a la exhibición original. Un aspecto adicional ofrece la impresión en rojo vivo, que trae a la mente la imagen de la corriente sanguínea. Sangre y agua son ambos elementos vitales del cuerpo humano, así como lo es para los tres países por donde pasa el río real, que al igual que otros en el mundo se encuentra bastante maltratado en diversos trechos.

Este juego entre realidad y ficción también está detrás de la videoinstalación *Atardecer*, trabajo que Pablo Uribe exhibió en la 53ª Bienal de Venecia (Italia, 2009). En ella, un hombre es filmado de traje formal, con una iluminación diagonal que recuerda las obras renacentistas, mientras imita sonidos de animales locales que pueden ser escuchados en la noche. Una proyección contigua muestra al mismo hombre emitiendo sonidos de otros animales que se manifiestan durante el día. Es como si

el espejo fallase y el *doble* se rebelase no reproduciendo fielmente el original, que a su vez tampoco es verdadero, ya que los animales son evocados por la voz entrenada de un actor. Aquí como en *Carta de marear*, la figura del hombre aparece por detrás controlando la naturaleza. Es él quien estudia, mapea y clasifica.

Como advirtió Antoni Muntadas, «la percepción requiere participación»; una sofisticada elaboración está presente en los trabajos de Uribe, sea cual fuese su objeto de análisis. Es siempre necesario lanzar sobre ellos una mirada atenta pues nada es superfluo o casual, por el contrario, abre un espacio para diversas capas de significación.

En *Doblepensar*, una serie de serigrafías expuestas en el Museo de Arte Contemporáneo de San Pablo (Brasil, 2008), el artista seleccionó avisos de la campaña publicitaria del gobierno militar de su país en pos del mantenimiento del régimen, a través de un plebiscito en la década de 1980. Con máscaras de tinta negra esconde los textos, dejando únicamente visibles las imágenes. A cierta distancia, ellas causan impresiones muy diferentes a las que se desprenden de la lectura de las palabras que solo son visibles cuando estamos muy cerca. La imagen del Che Guevara, por ejemplo, explorada hasta el cansancio como ícono de ideas libertarias, es utilizada con fines opuestos, lo que percibimos al leer las palabras inflamadas que pretenden advertir a los electores sobre documentación falsa utilizada por éste.

El esmero en la confección de las piezas y la cuidadosa disposición de éstas en el espacio expositivo demuestran que el artista no desatiende un aspecto frecuentemente descuidado en el arte contemporáneo: la forma. Así, el trabajo de Pablo Uribe consigue aliar profundidad conceptual y elegancia formal, concretando un conjunto que agrada sin ser condescendiente.